

dos de gran poder, y trastornar toda el Asia, no pudieron venir al cabo de sus empresas; pero el uno solo tuvo contra sí la fortuna, habiendo muerto en el ejército, cuando todo le sucedia prósperamente; y al otro nadie podría eximirle enteramente de culpa, bien ignorase las disensiones y quejas del ejército; ó bien no ácertase á cortarlas antes de que llegasen á una abierta rebelion; ¿ó quizá alcanzó tambien algo de esto á Cimon? porque los ciudadanos le suscitaron causas, y por fin le desterraron por medio del ostracismo, para no oír en diez años su voz, segun expresion de Platon; y es que los de carácter aristocrático conforman poco con la muchedumbre, y no saben el modo de agrada-la; sino que mas bien, usando de rigor para corregir, son molestos á los perturbadores, al modo que las ligaduras de los cirujanos, sin embargo de que con ellas ponen en su natural estado las articulaciones: así acaso será necesario disculpar en este punto á entrambos.

Luculo llevó la guerra mucho mas allá del Tauro con un ejército; pasó el Tigris; tomó é incendió las cortes de los Reyes, Tigranocerta, los Cabiros, Sinope y Nisibis, extendiendo la dominacion romana por el norte hasta el Fasis, por el oriente hasta la Media, y por el austro hasta el mar Rojo por medio de los Reyes de la Arabia. Desbarató y deshizo el poder de ambos monarcas, no habiéndole faltado mas que la materialidad de cojer las personas, á causa de que á manera de fieras huyeron á refugiarse en desiertos y bosques inaccesibles, y de nadie antes pisados. Porque los Persas, como que no habian recibido de Cimon considerable daño, muy luego volvieron contra los Griegos, y destrozaron sus fuerzas en el Egipto; pero despues de Luculo nada dieron ya que hacer Tigranes y Mitridates: pues que este enflaquecido y acquinado con los primeros combates, ni una sola vez se atrevió á sacar ante Pompéyo sus tropas del campamento, sino que bajó en huida al Bósforo, y allí falleció; y Tigranes él por sí mismo se presentó á Pompeyo, postrándose desnudo ante él, y quitándose la diadema de la cabeza la puso á sus pies, adulando á Pompeyo con una prenda, que mas bien que á él pertenecia al triunfo de Luculo: así se dió por muy

contento cuando recobró los símbolos del reino, reconociendo que ya antes los tenia perdidos; por tanto es mejor general como mejor atleta el que deja mas cansado y debilitado á su contrario. Ademas de esto Cimon encontró ya quebrantadas las fuerzas de los Persas, y abatido su orgullo con las grandes derrotas que les habian causado, y con las incessantes huidas á que los habian obligado Temístocles, Pausanias y Leotuquidas: acometiólos en este estado, y hallándolos ya decaidos y vencidos en los ánimos, le fue muy fácil triunfar de los cuerpos; pero Luculo postró á Tigranes cuando vencedor en muchos combates estaba todavía en el lleno de su poder. En el número no seria tampoco razon comparar los que por Cimon fueron vencidos con los que se reunieron contra Luculo; de manera que al que todo quisiera confrontarlo le habia de ser muy difícil el determinarse: pues aun la naturaleza superior parece haberse mostrado aficionado á entrambos, anunciando al uno aquello que le convenia ejecutar, y al otro aquello de que debia guardarse: habiendo tenido uno y otro en su favor el voto de los Dioses, como dotados de una índole generosa y casi divina.

NICIAS.

Pues que nos parece que no vamos fuera de razon en comparar Nicias á Craso, y las derrotas causadas por los Partos con las sucedidas en la Sicilia, juzgamos oportuno rogar y amonestar á los que lean estas vidas, no sospechen que en la narracion de los echos relativos á ellas, en la que Tucídides excediéndose á sí mismo en la vehemencia, en la energía y en la elegancia, se hizo verdaderamente inimitable, hemos de incurrir en el mismo defecto que Timeo; el cual, lisonjeándose de superar á Tucídides en la facundia, y de hacer ver que Filisto era cansado y vulgar, se mete con su historia por medio de los combates de tierra y de mar y por

las arengas, en cuya descripción aquellos sobresalieron, no siquiera

Al pie corriendo cabe el Lidio carro,

como se explica Píndaro; sino mostrándose del todo molesto, pueril, y según expresión de Difilo, torpe y obeso, engordado en la grasa siciliana, y por lo más arrimándose al modo de decir de Jenarco. Como cuando dice que debieron tener los Atenieses á mal agüero el que el general que tomaba su nombre de la victoria (1), repugnara aquella expedición, que en la mutilación de las estatuas de Mercurio les significaron los Dioses que les vendrían muchos males en aquella guerra de parte de Hermócrates hijo de Hermon; y también que era natural por una parte que Hércules diera auxilio á los Siracusanos por respeto á Proserpina, que le entregó el Cerbero; y que por otra mirara con odio á los Atenieses por haber salvado á los Egesteos, descendientes de los Troyanos, cuando él ofendido por Laomedonte asoló su ciudad. Mas quizá era propio de la elocuencia de este escritor, como el decir tales sandeces, querer mejorar la dición de Filisto, é insultar á Platon y á Aristóteles. En cuanto á mí la contienda y emulación con otros acerca del estilo en general me parece insulsa y repugnante; pero si es en cosas que no pueden imitarse, téngola por la última necesidad. Los hechos pues referidos por Tucídides y Filisto, ya que no es posible pasarlos del todo en silencio, especialmente los que dan á conocer la conducta y disposición de este hombre ilustre, escondidas entre sus muchas y grandes adversidades, los tocaré ligeramente y en solo lo preciso; pero los que por lo común no son conocidos, á causa de haber sido separadamente notados por diferentes autores, ó bien por haberse de tomar de presentallas y rescuciones antiguas, estos los recogeré con esmero, para no tejer una historia inútil, sino tal que presente bien la índole y las costumbres.

De Nicias lo primero que se ofrece decir es lo que escribió

(1) *Níxxa* en griego significa la victoria; y de este nombre se deriva el de Nicias.

Aristóteles, á saber, que eran tres los que sobresalían entre los ciudadanos, y tenían benevolencia y amor patrio para con el pueblo, Nicias el de Nicerato, Tucídides el de Milesio, y Terámenes el de Agnon, en menor grado este que los otros: pues que en cuanto á linaje le motejaron de extranjero oriundo de Ceo; y en cuanto á gobierno, por no haberse mantenido firme en un partido, sino andar continuamente variando, fue llamado *Coturno*. De estos era Tucídides el de más edad, y puesto al frente de los mejores y más principales ciudadanos, contradijo en muchas cosas á Pericles, que afectaba popularidad. El más joven era Nicias; pero aun en vida de Pericles fue ya tenido en aprecio, hasta llegar á ser general con él, y tener por sí solo mando muchas veces. Muerto Pericles, al punto fue llamado á ocupar el primer lugar, principalmente por los ricos y los nobles, que lo contraponían á la insolencia y osadía de Cleon; y aun tuvo el favor del pueblo, que también contribuyó á su adelantamiento: porque si bien Cleon alcanzó grande autoridad con darse aire de anciano, y repartir algún dinero; aun de los mismos á quienes favorecía, al ver su codicia, su orgullo y su temeridad, los más se ponían de parte de Nicias; por cuanto, aunque tenía gravedad, no era esta severa y enfadosa, sino mezclada con cierta modestia que atraía á los más, por lo mismo que mostraba timidez; y es que siendo por naturaleza irresoluto y desconfiado, en la guerra su buena suerte ocultó su miedo, habiendo salido siempre vencedor en sus expediciones; mas para el gobierno su pusilanimidad y su temor á los calumniadores llegaban á parecer populares, y le ganaban el afecto de la plebe, que recela de los que hacen poca cuenta de ella, y adelanta á los que la temen: porque en general para la muchedumbre el mayor honor de parte de los más poderosos es el que no la desprecien.

Mientras Pericles manejó la ciudad, estando dotado de una virtud verdadera y de una poderosa elocuencia, no tuvo necesidad de otros amaños ni de ningún otro prestigio; pero Nicias, que no tenía aquellas prendas, abundando en bienes de fortuna, con ellos ganaba popularidad; y ya que le faltaba disposición para rivalizar con la flexibilidad y las lisonjas de

Cleon; con los coros, con los espectáculos y con otros medios de esta especie logró atraerse el favor del pueblo, aventajándose en magnificencia y gusto á todos los de su tiempo, y aun á cuantos le habian precedido. Subsisten todavía de las ofrendas que hizo, el paladion del alcázar, habiendo perdido el dorado; y el templete que se conserva en el templo de Baco entre los trípodés ofrecidos en iguales ocasiones: porque conduciendo coros, venció muchas veces, y en ninguna fue vencido. Dícese que en uno de estos coros compareció representando en el adorno á Baco un esclavo suyo de hermosa disposicion y figura, todavía imberbe; y que habiéndose agrado los Atenienses de su presencia, y aplaudido y palmeado por largo rato, levantándose Nicias, habia expresado que tenia á sacrilegio estuviese en la esclavitud un cuerpo celebrado por su semejanza con el Dios, y habia dado la libertad á aquel mozo. Tambien se conservan en la memoria, como brillantes y dignos de tan alto objeto, los festejos que hizo en Delos: porque lo regular era que los coros enviados por las ciudades á cantar las alabanzas de Apolo, durante la navegacion fuesen como á cada uno le cogia, y que acudiendo mucha gente á la llegada de la nave, se les hiciera cantar sin ningun órden saltando en tierra en confusion, y tomando las coronas y los trajes de la misma manera; mas él cuando condujo la teoria, aportó á Rene con el coro, con las víctimas y todas las prevenciones, y llevando desde Atenas un puente construido con las dimensiones convenientes, y adornado magnificamente con dorados, con colores, con coronas y alfombras, por la noche le echó sobre el espacio que media entre Rene y Delos, que no es grande. Al dia siguiente al amanecer condujo la procesion que se hacia al Dios, y el coro adornado primorosamente y cantando, y los pasó por el puente. Despues del sacrificio, del combate y del festin presentó al Dios en ofrenda una palma de bronce, y habiendo comprado un terreno en diez mil dracmas, se lo consagró con destino á que de sus rentas tomaran los de Delos lo necesario para sacrificar y dar un banquete, rogando á los Dioses por la prosperidad de Nicias. Porque así lo hizo escribir en la columna que dejó en Delos como monumento de esta dádiva; y la pal-

ma, quebrantada de los vientos, vino á caer sobre la estatua grande de los de Najos, y la hizo pedazos.

En estas cosas suele haber mucho de ostentacion y vanagloria, como es bien sabido; pero atendiendo el carácter y las costumbres de Nicias para todo lo demas, podia no sin violencia colegirse que aquél esmero y toda aquella pompa era consecuencia de su religiosidad; porque le hacian demasiada impresion las cosas superiores, y era dado á la supersticion, segun nos lo dejó escrito Tucídides. Así se dice en uno de los diálogos de Posifonte, que todos los dias ofrecia sacrificios á los Dioses, y que teniendo en casa un agorero, fingia consultarle sobre las cosas públicas, cuando regularmente no era sino sobre las suyas propias, especialmente sobre sus minas de plata: porque poseia minas de este metal en Laurio, que le daban grandes utilidades, aunque el trabajo de ellas no carecia de peligro. Mautenia allí gran número de esclavos, y en esto consistia la mayor parte de su hacienda; por lo cual tenia siempre alrededor de sí muchos que le pedian, y á quienes socorria: pues no es menos dadivoso con los que podian hacer mal, que con los que eran dignos de sus liberalidades: en una palabra, con él era una renta para los malos su miedo, y para los buenos su beneficencia. Dan de esto testimonio los poetas cómicos: porque Teleclides escribia así contra un calumniador:

Ni una mina partida por el medio
Le dió Caricles, porque le tapase
Que entre los hijos que su madre tuvo
El fue el primero que salió del saco.
Nicias de Nicerato dióle cuatro;
Mas aunque de este don yo sé la causa,
No la diré, que Nicias es mi amigo,
Y obra á mi juicio con notable acuerdo:

y aquel á quien zahiere Eupolides en su comedia intitulada *Maricas* sacando á la escena á uno de los holgazanes y mendigos, se explica así:

¿Cuánto ha que viste á Nicias?
Nunca le habia visto; mas ahora

Ha poco que le ví estar en la plaza.
 Notad que este confiesa claramente
 Que en la plaza con Nicias se ha encontrado;
 Y si de traicion no, ¿qué tratarian?
 ¿No ois, camaradas, cómo Nicias
 Fue en el delito mismo sorprendido?
 Andad, menguados: no es para vosotros
 En mal caso coger á hombre tan bueno:

y el Cleon de Aristófanés en tono de amenaza dice:

El cuello apretaré á los oradores,
 Y á Nicias causaré miedo y espanto.

Tambien Frinico da idea de lo cobarde y espantadizo que era en los siguientes versos:

Era buen ciudadano, lo sé cierto,
 Y no al modo de Nicias lo verian
 Andar siempre con aire asustadizo.

Viviendo siempre con este temor de los calumniadores, no cenaba con ninguno de los ciudadanos, ni trataba con ellos, ni asistia á sus ordinarias recreaciones: en una palabra no gustaba de semejantes pasatiempos; sino que cuando era arconte permanecia en el consistorio hasta la noche; y del Senado salia el último, habiendo entrado el primero; y cuando no tenia negocio público alguno, no se dejaba ver ni admitia á nadie, quieto siempre y encerrado en casa. Sus amigos recibian á los que concurrían á hablarle, y les pedían que le disculparan, porque estaba ocupado en negocios públicos de grande urgencia é importancia. El que principalmente representaba esta farsa, y se desvivía para conciliarle autoridad y opinion, era Hieron, que se habia criado en su casa, y á quien el mismo Nicias habia ejercitado en las letras y en la música. Dábase por hijo de Dionisio, á quien apellidaron Calco, y de quien se conseruan todavía algunas poesías; y enviado de comandante de una colonia mandada á Italia, fundó la ciudad de Turios. Este pues trataba con los agoreros de parte de Nicias en la interpretacion de los prodigios y los arcanos, y hacia correr en el pueblo la voz de que Nicias llevaba, por solo el bien de la república, una vida infeliz y

trabajosa, pues ni en el baño ni en la mesa dejaban de ocurrirle asuntos graves, teniendo abandonados sus intereses por cuidar de los del pueblo; tanto que nunca se acostaba sino cuando los demas habian dormido el primer sueño. De donde provenia estar tambien su salud quebrantada, y no tener gusto ni humor para conversar con sus amigos, habiendo llegado á perderlos por los negocios públicos juntamente con su hacienda; cuando los demas ganando amigos y enriqueciéndose con las magistraturas, lo pasan muy bien, y se divierten en el gobierno. Y en realidad de verdad tal venia á ser la vida de Nicias; por lo que él mismo se aplicó aquel epifonema de Agamemnon:

La magestad preside á nuestra vida;
 Mas de la multitud somos esclavos.

Observando que el pueblo se valia á veces de la prudencia y experiencia de los insignes oradores y sobresalientes políticos; pero que siempre se recelaba y resguardaba de su habilidad, oponiéndose á su esplendor y su gloria, como se veia bien claro en la condenacion de Pericles, en el destierro de Damon, en la desconfianza que manifestó la muchedumbre de Antifon Ramnusio, y sobre todo en lo ocurrido con Paquetes el que tomó á Lesbos, que al dar las cuentas de su expedicion, sacando en el mismo tribunal la espada, allí se quitó la vida; procuraba huir de las expediciones arduas y difíciles; y cuando iba de general consultaba mucho á la seguridad, con lo que lograba vencer como era natural; mas con todo no referia estos sucesos ni á su inteligencia, ni á su poder, ni á su valor; sino que los atribuía á la fortuna, y se acogía á los Dioses, subtrayéndose á la envidia que sigue á la gloria. Conviene con esto los mismos hechos: pues que habiendo sufrido la república en aquel tiempo muchos y grandes descalabros, en ninguno absolutamente tuvo parte; sino que cuando en la Tracia fue vencido por los de Calcis, iban de generales Calíades y Jenofonte; la derrota de Etolia se verificó siendo arconte Demóstenes; en Delio perdieron mil hombres mandando Hipócrates; de la peste la culpa se echó principalmente á Pericles, por haber encerrado en el recinto

de la ciudad, á causa de la guerra, á todos los habitantes de la comarca, habiéndose aquella originado de la mudanza de aires y de género de vida. Nicias pues se conservó inculpa- ble en todas estas desgracias, y yendo de general, tomó á Citera, isla muy bien situada para hacer la guerra á la Laconia, y que estaba habitada de Lacedemonios. Recobró tam- bien y atrajo á muchos pueblos de la Tracia que se habian rebelado. Habiendo encerrado dentro de los muros á los de Megara, al punto se apoderó de la isla Minoa; y de allí á po- co partiendo de aquel punto, sujetó á Nisea. Bajó de allí á Corinto, y en batalla campal venció su numeroso ejército y á Licofro su general. Sucedióle en esta ocasion haberse de- jado los cadáveres de dos de sus deudos, por no haberlos echado menos al tiempo de recoger los muertos. Luego que lo advirtió hizo alto con el ejército, y envió un heraldo á los enemigos para tratar de recobrarlos. Segun cierta ley y cos- tumbre con ella conforme, los que recogian los muertos en virtud de convenio se entendia que renunciaban á la victoria, y no les era permitido levantar trofeo : porque vencen los que quedan dueños, y no quedan dueños los que ruegan, co- mo que no está en su poder tomar lo que piden. Pues con todo mas quiso hacer el sacrificio del vencimiento y de su gloria, que dejar insepultos á dos ciudadanos. Taló pues to- do el pais litoral de la Laconia, y venciendo á los Lacedemo- nios que se le opusieron, tomó á Turea guarnecida por los Eginetas, y á estos los trajo Cautivos á Atenas.

Como Demóstenes hubiese fortificado á Pilos, al punto acudieron por tierra y por mar los Lacedemonios, y trabada batalla, hubieron de dejar de los suyos en la isla Esfactoria hasta cuatrocientos hombres. Parecíales á los Atenienses co- sa importante, como lo era en realidad, apoderarse de ellos ; pero el cerco se presentaba difícil y trabajoso en un pais que carecia de agua, y para el que el acopio de provisiones aun en verano tenia que hacerse con un rodeo muy largo, ha- llándose por lo mismo en el invierno enteramente falto de todo : teníanlos esto disgustados, y estaban pesarosos de ha- ber despedido la legacion que los Lacedemonios les habian enviado para tratar de paz. Habíanla despedido á instigacion

de Cleon, principalmente con la mira de mortificar á Nicias, porque era su enemigo ; y viendo que se habia puesto de par- te de los Lacedemonios, esto bastó para que inclinase al pue- blo á votar contra el tratado. Yendo pues largo el sitio, y recibiéndose noticias de que el ejército padecia una escasez suma, se mostraban muy enconados contra Cleon, el cual se volvía contra Nicias, echándole la culpa, y acusándole de que por sus temores y su flojedad dejaba allí aquellos hom- bres, cuya rendicion no habria costado tiempo á haber él tenido el mando. Ofrecióseles al punto á los Atenienses de- cirle : « ¿Pues por qué no te embarcas y marchas contra ellos? » Levantóse tambien Nicias, y abdicó en él el mando sobre Pilos, proponiéndole que tomase la fuerza que quisie- se, y no anduviera echando baladronadas sobre seguro, en lugar de hacer cosa que fuera de importancia. El al principio calló turbado con tan inesperada salida; pero como insistie- sen todavía los Atenienses, y Nicias esforzase la voz aca- lorado y picado de pundonor, tomó á su cargo la expedicion, y al dar la vela puso el término de veinte dias, diciendo que dentro de ellos ó habia de acabar allí con los Lacedemonios, ó los habia de traer vivos á Atenas ; de lo que los Atenienses se rieron mucho, bien lejos de creerlo : porque ya estaban acostumbrados á tomar á diversion y risa sus jactancias y sus sandeces. Pues se cuenta que teniéndose un dia junta pública, el pueblo sentado estuxo esperando largo rato, y ya bien tarde se presentó en la plaza con corona sobre las sien- nes, y pidió que la junta se dilatase hasta el dia siguiente : « Porque hoy, dijo, estoy ocupado teniendo á cenar á unos forasteros, despues que he hecho á los Dioses sacrificio; » y que los Atenienses se levantaron y disolvieron la junta.

Favorecióle entonces la fortuna; y habiéndose manejado bien en la expedicion al lado de Demóstenes, dentro del tér- mino que prefijó, á cuantos Esparciatas no murieron en el combate los trajo esclavos, habiéndosele rendido á discre- cion. Volvióse esto en gran descrédito de Nicias, pareciendo una cosa mas torpe y fea todavía que arrojar el escudo el abandonar por miedo espontáneamente el mando, y despo- jándose á si mismo de la autoridad proporcionar al enemigo

la ocasion de tan brillante triunfo. Motejóle de nuevo con este motivo Aristófanes en su comedia titulada las *Aves*, diciendo :

Pues no, no es tiempo de dormirnos este;
Ni de dar largas imitando á Nicias.

Y en la de los *Labradores* dice asimismo :

Quiero labrar mis campos. ¿Quién te estorba?
Vosotros, y mil dracmas os prometo
Si exento me dejais de todo mando.
Las aceptamos : pues dos mil tendremos
Con las que ya de Nicias recibimos.

Y en verdad que hizo notable daño á la ciudad, dejando que adquiriera Cleon tanto crédito y poder : con el que tomando nuevo arrojo y una osadía inaguantable, entre otros males que acarreó á la república, de los que no le cupo á Nicias poca parte, le hizo el de destruir el decoro de la tribuna, siendo el primero que en las arengas gritó descompasadamente, se dejó abierto el manto, se golpeó los muslos, é introdujo el dar carreras estando hablando ; con lo que engendró en los que despues de él manejaron los negocios un absoluto olvido y desprecio de toda dignidad : causa principalísima del trastorno y confusion que de allí á poco sobrevino á la república.

Empezaba ya entonces á mostrarse en Atenas Alcibiades, otro orador no tan descompuesto ; pero de quien podia decirse lo que de la tierra de Egipto : pues como esta por su gran fertilidad produce

Muchas útiles plantas, y á su lado
Otras muchas nocivas y funestas,

de la misma manera la índole de Alcibiades, propensa igualmente al bien que al mal, dió ocasion á grandes inovaciones. Por tanto aunque Nicias llegó á verse desembarazado de Cleon, no tuvo tiempo de tranquilizar y afianzar del todo la república ; sino que habiendo conseguido llevarla por el buen camino, le apartó de él la violencia y fogosidad de Alcibiades, impeliéndole otra vez á la guerra, lo que sucedió

de esta manera. Los que principalmente se oponian á la paz de la Grecia eran Cleon y Brasidas, aquel porque en la guerra no se descubria tanto su maldad, y este porque en ella resplandecia mas su virtud : como que al uno le dió ocasion para grandes injusticias, y al otro para gloriosos triunfos. Mas como ambos hubiesen muerto en la misma batalla, que fue la de Anfipolis, hallando Nicias á los Esparciatas deseosos muy de antemano de la paz, y á los Atenieses con poca confianza de sacar partido de la guerra, y á unos y á otros fatigados y en diposiciones de deponer con el mayor gusto las armas, trabajó por ver como conciliar amistad entre las ciudades, y aliviar y dar reposo á los demas Griegos de los males que sufrían, haciendo para en adelante seguro y estable el sabroso nombre de felicidad. Y lo que es á los ancianos, á los ricos y á las gentes del campo desde luego los encontró con disposiciones pacíficas : en cuanto á los demas hablando á cada uno en particular, y procurando convencerlos, logró tambien retraerlos de la guerra ; y cuando así lo hubo ejecutado, dando ya esperanzas á los Esparciatas, los excitó y movió á que se presentaran á pedir la paz. Fiáronse de él, ya por su conocida probidad, y ya tambien porque á los cautivos y á los rendidos de Pilos, cuidándolos y visitándolos con humanidad, les hacia mas llevadera su desgracia. Habian ya antes ajustado treguas por un año, durante las cuales, reuniéndose unos con otros, y gustando otra vez de sosiego y descanso y del trato con los propios y con los extrangeros, se les habia encendido un vivo deseo de aquella vida exenta de inquietudes y de riesgos : así oian con gusto á los coros cuando cantaban :

Quedate, ó lanza, á ser despojo inútil,
Donde enreden su tela las arañas.

Erales tambien sabroso traer á la memoria aquel gracioso dicho de que á los que en la paz toman el sueño no los despiertan las trompetas, sino los gallos. Abominando pues y maldiciendo á los que suponian tener el hado dispuesto que aquella guerra se lidiara por tres veces nueve años, trataron y conferenciaron entre sí é hicieron la paz. Formóse enton-

es generalmente la idea de que aquella reconciliacion era estable, y todos tenian siempre á Nicias en los labios diciendo que era un hombre amado de los Dioses, á quien su buen genio habia concedido por su piedad que del mayor y mas apreciable bien entré todos hubiera tomado el nombre: porque realmente así creian obra suya la paz, como de Pericles la guerra: pareciéndoles que este por muy pequeños motivos habia arrojado á los Griegos en grandes calamidades, y que aquel les habia hecho olvidar los mutuos agravios, volviéndolos amigos. Por tanto esta paz hasta el dia de hoy se llama Nicea.

Convénose por los tratados en que se restituirian recíprocamente las tierras, las ciudades y los cautivos que tuviesen, sorteándose sobre quienes habian de ser los primeros á restituir: y Nicias compró con su dinero reservadamente la suerte para que fuesen los primeros los Lacedemonios: á lo menos así lo refiere Teofrasto. Viendo que los Corintios y Beocios oponian dificultades, y que con diferentes achaques y quejas procuraban encender otra vez la guerra, persuadió Nicias á los Atenieses y Lacedemonios á que á la paz añadiesen la alianza, como un refuerzo y nuevo vínculo con el que se hicieran mas temibles á los disidentes, y se estrecharan mas entre sí. Verificado esto, Alcibiades, que no tenia genio de estarse quieto, y que se hallaba resentido de los Lacedemonios, porque no haciendo cuenta de él, y mirándole con desden, se manifestaban adictos á Nicias, desde luego se propuso minar la paz; y aunque por entonces nada pudo adelantar, como de allí á poco no se mostrasen ya los Lacedemonios tan complacientes con los Atenieses, y antes pareciese que empezaban á hacerles agravios en haber formado alianza con los Beocios, y no haber entregado en pie las ciudades de Panacto y Anfipolis, aferrándose en estas causas, procuraba acalorar al pueblo haciéndoselas presentes á toda hora. Finalmente habiendo hecho venir una legacion de Argos para entablar alianza con los Atenieses, trabajaba para que lo consiguiese. Vinieron en esto embajadores de los Lacedemonios con plenos poderes, y como presentándose al Senado hubiesen dado idea de admitir toda condicion justa y

moderada, temeroso Alcibiades de que con sus proposiciones ganaran tambien al pueblo, desconcertó sus planes con una perfidia, ofreciéndoles bajo juramento que hallarian en él auxilio para cuanto quisiesen, con tal que no dijeran ni convinieran en que venian plenamente autorizados: porque así saldrian mejor con su intento. Habiéndole dado crédito y unídose á él, abandonando á Nicias, los hizo comparecer ante el pueblo, y les preguntó si habian venido con plenos poderes para todo; y como dijese que no, mudado repentinamente contra todo lo que podian esperar, llamó la atencion del Senado sobre lo que acababan de decir, y excitó al pueblo á que no diera oidos ni crédito á unos hombres que tan abiertamente mentian, y que ahora decian una cosa y luego la contraria. Quedaron tan pasmados como se deja conocer; y no teniendo el mismo Nicias nada que decir de sorprendido y disgustado, al punto se decidió el pueblo á llamar y hacer venir á los de Argos para concluir la alianza; pero se puso de parte de Nicias un terremoto que en esto sobrevino, siendo causa de que se disolviese la junta. Congregada otra vez al dia siguiente, ora con discursos y ora con ruegos, lo único que pudo alcanzar, y aun esto con dificultad, fue contener la negociacion de los Argivos, y que á él se le enviase en legacion á los Lacedemonios, con esperanza que dió de que todo se transigiria á satisfaccion. Pasando pues á Esparta, en todo lo demas le honraron como correspondia á un hombre de probidad y su apasionado; pero no habiendo podido concluir nada, suplantado por los del partido de los Beocios, hubo de volverse, no solo desairado y con descrédito, sino tambien temeroso de lo que determinarian los Atenieses, disgustados y enfadados de que á su persuasion hubiesen tenido que restituir unos cautivos de tanta calidad: porque los traídos de Pilos eran de las primeras casas de Esparta, y tenian amigos y parientes entre los de mayor poder. No tomaron sin embargo en medio de su enojo resolucion ninguna violenta contra él; sino que nombraron general á Alcibiades; hicieron alianza al mismo tiempo que con los Argivos con los de Mantinea y los de Elea, que se habian rebelado á los Lacedemonios, y enviaron piratas á Pilos para

molestar la Laconia ; con lo que volvieron otra vez á ponerse en guerra.

Estaban Nicias y Alcibiades en lo mas fuerte de su discordia cuando hubo de tratarse de desterrar por el ostracismo, segun costumbre recibida de que á cierto tiempo hiciera el pueblo mudar de pais por diez años á uno de los que le fuesen sospechosos, ó que le causaran envidia por su gran crédito ó por su riqueza. Estaban ambos en grande agitacion y peligro, como que no podia dejar de ser el que el uno ú el otro sufriera el destierro. Porque en Alcibiades vituperaban su abandonada conducta y temian de su arrojo ; y en Nicias, ademas de mirarle con envidia por su riqueza, culpaban aquel aire poco afable y popular, ó mas bien intratable y oligárquico, que le hacia parecer de otra especie ; y como repugnaba muchas veces á los deseos del pueblo, contradiciendo su modo de pensar, y violentándole en cierta manera hácia lo que creia conveniente, habia venido á hacérseles odioso. En una palabra la contienda era de los jóvenes y amigos de la guerra con los ancianos y amantes de la paz, queriendo los unos que la concha cayera sobre este, y los otros sobre aquel.

Mas si por dos sobre un honor se alterca,
No es nuevo que recaiga en un perverso :

como en esta ocasion, dividido él pueblo entre los dos, dió motivo á que se presentaran en la palestra los hombres mas desvergonzados y corrompidos ; de cuyo número era Hipérbolo Peritoide, hombre á quien no fue el poder el que le dió atrevimiento ; sino que de ser atrevido pasó á tener poder, y de haber adquirido fama en la ciudad á ser su afrenta y su infamia. Este pues, considerándose entonces muy distante del castigo de las conchas, cuando lo que verdaderamente le correspondia era un potro, esperaba que cayendo cualquiera de aquellos dos, él iba á ser el rival del que quedase : así se veia bien á las claras que se alegraba de su division, y abiertamente acaloraba al pueblo contra ambos. Enterados Nicias y Alcibiades de esta maldad, se pusieron secretamente de acuerdo, y juntando en uno los dos partidos, lograron que el

ostracismo no recayese sobre ninguno de los dos, sino sobre Hipérbolo. Al principio fue este cambio materia de diversion y risa para el pueblo ; pero despues ya lo sintieron, pareciéndoles que aquel recurso se habia deshonrado, empleándose en un hombre indigno : teniendo al ostracismo por una pena que honraba ; y juzgando, que si bien era castigo para Tucidades, Aristides y otros semejantes, para Hipérbolo era una honra y motivo de jactancia el que fuese tratado por su maldad como lo habian sido los varones mas excelentes ; segun que ya lo dijo Platon el cómico, hablando de él en estos versos :

Por sus maldades mereció esta pena ;
Mas por su calidad de ella era indigno :
Porque no se inventó seguramente
Para tan ruin canalla el ostracismo.

Así es que despues de Hipérbolo ya nadie sufrió esta forma de destierro, sino que él fue el último ; habiendo sido el primero Hiparco Colarqueo, pariente del tirano. Mas cuán cierto es que la fortuna está muy fuera del alcance del juicio humano, y que respecto de ella nada sirven nuestros raciocinios ! pues si Nicias, habiendo hecho caer sobre Alcibiades el peligro de las conchas, hubiera salido vencedor, arrojando á este de la ciudad, habria quedado en ella con toda tranquilidad ; y en caso de haber sido vencido, él habria tenido que salir antes de los últimos infortunios que le oprimieron, conservando la opinion del mejor general. No se me oculta haber dicho Teofrasto que cuando salió desterrado Hipérbolo era Feaco y no Nicias el que entraba en disputa con Alcibiades ; pero los mas lo refieren de aquella manera.

Vinieron en esto legados de los Segestanos y Leontinos con la pretension de que los Atenienses enviaran una expedicion contra la Sicilia ; mas sin embargo de que Nicias lo contradecia, aun antes de que sobre este objeto se celebrase junta pública, fue ya arrollado por las sugerencias, y sobre todo por la ambicion de Alcibiades, el cual con esperanzas habia ganado á la muchedumbre, y con sus discursos la ha-

bia alucinado : hasta tal punto que los jóvenes en las palestras, y los ancianos sentados en sus talleres ó en sus reuniones diseñaban el plan de la Sicilia, describían el mar que la rodea, y los puertos y sitios por donde mas se avecina al Africa. Porque no se contentaban con ganar la Sicilia en aquella guerra, sino que la miraban como escala para entrar desde allí en lid con los Cartagineses, y dominar en el Africa, y en todo aquel mar hasta las columnas de Hércules. Viéndolos pues con semejantes proyectos, hizo esfuerzos Nicias por disuadirlos; pero halló muy pocos hombres de poder ó influjo que se pusieran á su lado : porque la gente acomoda, por no dar idea de que huían de servir, y de contribuir para el armamento de las galeras, nada hicieron ó dijeron. Con todo no desistió ó se dió por vencido; sino que aun despues de resuelta la guerra, y de haber sido nombrado general juntamente con Alcibiades y Lamaco, todavía en otra junta habló y procuró hacer revocar el decreto, poniéndoles á la vista los inconvenientes; y aun excitó sospechas contra Alcibiades, indicando que con miras de ambicion y de su utilidad particular trataba de envolver á la república en una guerra difícil y ultramarina; pero estuvo tan lejos de adelantar nada, que antes teniéndole con esto por mas á propósito á causa de su inteligencia y de su nimia prevision, que contrastarian muy bien con la osadía de Alcibiades y la prontitud de Lamaco, dieron á su eleccion mayor firmeza : porque levantándose Demostrato, que era el orador que mas inflamaba á los Atenienses para aquella expedicion, dijo que él haria callar á Nicias; y escribiendo un decreto, por el que se daban á los generales plenas facultades para resolver y ejecutar acá y allá cuanto les pareciera, hizo que el pueblo lo sancionase.

Dícese que por parte de los sacerdotes se propusieron tambien muchas cosas que contradecían aquella jornada; pero teniendo Alcibiades otros agoreros, presentó de ciertos oráculos antiguos uno, en que se decia que les vendria á los Atenienses grande esplendor de parte de la Sicilia; y ademas le vinieron ciertos adivinos de Júpiter Amonio, trayéndole un oráculo, por el que se prometia que los Atenienses se

apoderarian de todos los Siracusanos; pero los que les eran contrarios los ocultaban, por temor de que se tomasen á mal agüero. Lo que no era mucho, cuando no los contenian las señales mas visibles y manifiestas, como la mutilacion de los Hermes, que á todos en una noche les fueron cortadas las partes prominentes del rostro, á excepcion de uno solo llamado de Andocides, ofrenda de la tribu Egeide, y que estaba junto á la casa en que Andocides habitaba entonces; y como la atrocidad ejecutada en el ara de los doce Dioses, la cual consistió en que un hombre se subió repentinamente sobre ella, y habriendo las piernas, con una piedra se cortó las partes genitales. En Delfos habia una estatua de oro de la Diosa Palas, colocada sobre una palma de bronce, ofrenda de Atenas de los despojos tomados á los Medos : á esta pues la picotearon por varios dias unos cuervos que vinieron volando, y el fruto de la palma, que era de oro, lo arrancaron á picotazos y lo echaron al suelo; pero ellos decían que esto era invencion de los de Delfos, ganados por los Siracusanos. Prescribióseles en aquella misma sazón por un oráculo que trajeran de Clazomene la sacerdotisa de Minerva; y enviándola á buscar, se halló que su nombre era *Hesuchia*, que significa quietud; y en esto parece que el buen genio de Atenas aconsejaba á aquellos ciudadanos que por entonces se estuviesen quietos. Bien fuera por temor de estos prodigios, ó bien porque lo alcanzara por su ciencia, el astrólogo Meton, á quien se habia dado entonces cierto mando, fingió dar fuego á su casa, como que estaba loco : aunque otros dicen que no fingió tal locura, sino que habiendo incendiado su casa por la noche, se presentó en la plaza muy afligido, y pidió á los ciudadanos que en atencion á tan grande desventura eximieran de la expedicion á su hijo, que estaba nombrado capitán de galera para pasar á Sicilia. A Sócrates el sabio le anunció su genio, por los medios que tenia de costumbre, que aquella expedicion se equipaba en ruina de la ciudad, lo que refirió á sus amigos y conocidos, habiendo corrido entre muchos esta especie. Para no pocos eran tambien motivo de inquietud los dias en que salió la armada, porque celebraban las mujeres las fiestas de Adonis; y por

todas partes se veian tendidos por las calles sus simulacros, y junto á ellos exequias y llantos de mujeres; por lo cual los que dan importancia á estas cosas se mostraban disgustados, y temian no fuera que aquel aparato y aquella fuerza que se ostentaban entonces tan brillantes y florecientes, se marchitasen bien en breve.

El que Nicias se opusiese á la expedicion proyectada, sin dejarse seducir de lisonjeras esperanzas, y que no mudase de dictámen deslumbrado con la brillantez de tan ilustre mando, no puede menos de merecerle la alabanza de hombre recto y prudente; pero despues cuando habiéndolo intentado, no pudo apartar al pueblo de la guerra, ni lograr que lo exonerase de su encargo; sino que mas bien este, como que le cogió de la mano y por fuerza, le puso al frente de aquellas tropas; entonces ya no era tiempo de detenciones é irresoluciones; indisponiendo á sus colegas, y malogrando el objeto con volver como un niño los ojos atras desde la nave, y quejarse continuamente de que sus discursos no hubiesen sido atendidos; sino que lo que convenia era apresurarse y cargar prontamente sobre los enemigos á probar la suerte de los combates. Mas él lo que hizo fue contradecir al dictámen de Lamaco, que queria se marchara directamente á Siracusa, y que en sus inmediaciones se diera una batalla; y tambien al de Alcibiades, que tenia por lo mejor hacer que las ciudades abandonaran el partido de los Siracusanos; y logrado esto, encaminarse contra ellos; con lo que, y con dar la orden de que recorriendo con las naves la isla se hiciera ostension de las tropas y del número de galeas, y se volviesen despues á Atenas, dejando una pequeña guarnicion á los Segestanos, desconcertó desde un principio los proyectos de entrambos generales, y les infundió grande desaliento. Llamaron de allí á poco los Atenienses á Alcibiades para ser juzgado; y entonces, aunque fue designado segundo general, en el poder quedó de primero, y siempre continuó ó estándose quieto, ó teniendo en movimiento las naves, ó juntando consejos, dando lugar á que en su ejército se debilitase la esperanza, y los enemigos sacudiesen el asombro y terror que les causó la primera vista de tan podere-

rosas fuerzas. Cuando se hallaba allí todavía Alcibiades bien se dirigieron con sesenta naves contra Siracusa, pero contuvieron el mayor número de ellas, formándolas fuera á la vista del puerto, y solo con diez penetraron adentro con el objeto de hacer un reconocimiento; y mientras por medio de un heraldo llamaban para que volviesen á su casa á los Leontinos, cogieron una nave enemiga que conducia unas tablas, en las que los Siracusanos se habian inscrito á sí mismos cada uno en su tribu; y puestas lejos de la ciudad en el templo de Júpiter Olimpico, entonces las habian enviado á buscar para hacer el recuento de los que se hallaban en edad de hacer el servicio militar. Cogidas que fueron, las presentaron á los generales, y al ver aquel inmenso número de nombres, se sobrecogieron los adivinos, temiendo no fuese aquello lo significado por el oráculo cuando decia: « Los Atenienses se apoderarán de todos los Siracusanos: » aunque otros dicen que este oráculo habia tenido ya pleno cumplimiento en otro tiempo, cuando Calipo el Ateniense, dando muerte á Dion, se apoderó de Siracusa.

Despues que Alcibiades regresó de la Sicilia con unos pocos, toda la autoridad fue ya de Nicias; pues aunque Lamaco era hombre de valor y justificacion, y en las batallas peleaba denodadamente, se hallaba tan pobre y miserable, que en cada expedicion se veian precisados los Atenienses á admitirle en las cuentas una pequeña cantidad para su vestido y calzado; y así Nicias, ya por otras causas y ya tambien por su riqueza y por la gloria que habia adquirido, era grande la preferencia que se daba. Cuéntase por tanto que celebrando en una ocasion consejo de guerra, dió orden al poeta Sófocles para que como el mas anciano de los generales diera el primero su dictámen; y este le respondió: Yo bien soy el mas viejo; pero tú eres el mas anciano. De esta manera teniendo bajo de sí á Lamaco, sin embargo de ser mejor general que él, y no usando de sus fuerzas sino con una nimia reserva y cuidado, primero con recorrer la Sicilia lejos siempre de los enemigos dió á estos mucho aliento; y despues con haber acometido á Hibla, aldea despreciable, y haberse retirado sin tomarla, incurrió en el mayor despre-